



Epistemología Feminista y Educación: Hacia una Transformación del Conocimiento desde la Experiencia Situada

Feminist Epistemology and Education: Towards a Transformation of Knowledge from Situated Experience

Elizabeth Ávila Carrancio^{1*}

Tipo de artículo: Artículo original

¹ Elizabeth Ávila Carrancio (Culiacán, Sinaloa, 1975) es Doctora en Derecho por la Universidad Autónoma de Sinaloa y profesora-investigadora de tiempo completo en la Facultad de Derecho de esta institución. Su trabajo académico se centra en los estudios jurídicos con perspectiva de género, particularmente en las violencias contra las mujeres en el ámbito político-electoral, los derechos humanos y la igualdad sustantiva. Fue Directora General del Instituto Sinaloense de las Mujeres (2011-2016), donde impulsó políticas públicas para la prevención y atención de la violencia de género. Es fundadora y presidenta de la Red X la Igualdad Sustantiva en Sinaloa, red dedicada a promover la participación política de las mujeres y visibilizar la violencia política en razón de género. Ha participado como ponente en congresos nacionales e internacionales y es autora de artículos arbitrados sobre paridad, violencia política, derechos humanos y democracia. Su producción académica articula teoría feminista y análisis jurídico crítico desde una metodología situada.

RESUMEN

La epistemología feminista ha sido una de las irrupciones más transformadoras en las ciencias sociales y en la educación. No solo cuestiona la exclusión histórica de las mujeres del conocimiento, sino que muestra cómo las jerarquías de género han moldeado lo que se considera saber legítimo. Más que un complemento, representa un cambio de mirada: un modo distinto de preguntar, investigar y aprender. Inspirada en autoras como Mary Wollstonecraft, Celia Amorós, Rita Segato y Nuria Varela, esta perspectiva propone entender el conocimiento como una experiencia encarnada, plural y situada. Y es que —como advierte Segato (2003, p. 91)— todo saber se produce desde cuerpos e historias concretas, atravesadas por relaciones de poder. Por ello, integrar la epistemología feminista en la educación significa reorientar el sentido mismo de aprender: pasar de la neutralidad ilusoria a la conciencia crítica de quién habla, desde dónde y para qué.

Palabras clave: epistemología feminista; educación; género; pedagogías críticas; conocimiento situado; justicia social, metodología feminista.

ABSTRACT

Feminist epistemology has been one of the most transformative eruptions in the social sciences and education. Not only does it question the historical exclusion of women from knowledge, but it shows how gender hierarchies have shaped what is considered legitimate knowledge. More than a complement, it represents a change of perspective: a different way of asking, investigating and learning. Inspired by authors such as Mary Wollstonecraft, Celia Amorós, Rita Segato and Nuria Varela, this perspective proposes to understand knowledge as an embodied, plural and situated experience. As Segato (2003, p. 91) warns, all knowledge is produced from concrete bodies and histories, traversed by power relations. Therefore, integrating feminist epistemology into education means reorienting the very meaning of learning: moving from illusory neutrality to the critical awareness of who speaks, from where and for what.

Keywords: Feminist epistemology; education; gender; critical pedagogies; situated knowledge; Social justice, feminist methodology.

Fecha de recibido: 29 de enero de 2025

Fecha de aceptado: 18 de abril de 2025

Fecha de publicación: 08 de diciembre de 2025

Licencia creative commons:

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International



INTRODUCCIÓN

La educación refleja muchas de las tensiones sociales ligadas al género. Aunque suele presentarse como un espacio neutral, la verdad es que tanto la escuela como la universidad han estado atravesadas por jerarquías patriarcales. En ellas se invisibilizan los aportes de las mujeres y se reproducen estereotipos que moldean sus trayectorias académicas y vitales. No obstante, también son territorios de disputa, donde los feminismos y las pedagogías críticas han intentado transformar la forma de enseñar, investigar y legitimar el conocimiento.

Pensar el saber desde la experiencia situada implica aceptar que todo conocimiento nace en contextos sociales, históricos y corporales específicos, y que esa experiencia tiene un valor epistémico y político. Hablar de epistemología feminista es, entonces, hablar de una incomodidad necesaria: la que cuestiona los cimientos de la ciencia, la objetividad y la educación.

Durante siglos, el pensamiento occidental se construyó bajo la ilusión de una neutralidad universal que, en realidad, tenía rostro masculino, blanco y privilegiado (Amorós & de Miguel, 2005, p. 215). En el ámbito educativo, esa herencia ha significado excluir a las mujeres como productoras de conocimiento y perpetuar estereotipos que restringen sus oportunidades (Maccise & Vázquez, 2009, p. 9). Como advierte Celia Amorós, la epistemología feminista no solo denuncia esas ausencias, sino que revela la complicidad entre saber y poder, proponiendo nuevas formas de pensar y enseñar que visibilicen las experiencias silenciadas (Amorós & de Miguel, 2005, p. 333).

2. LA EPISTEMOLOGÍA FEMINISTA: GENEALOGÍAS DE RESISTENCIA

La pregunta que anima la epistemología feminista no es sencilla: ¿quién puede hablar y desde dónde? Desde Wollstonecraft en el siglo XVIII hasta Segato en la actualidad, las feministas han insistido en que las mujeres no son únicamente objeto de estudio, sino sujetos capaces de producir teoría y acción política.

Mary Wollstonecraft, en su *Vindicación de los derechos de la mujer*, ya denunciaba que la educación destinada a las mujeres las mantenía en la frivolidad y en un “florecimiento estéril” que sacrificaba fortaleza y provecho a favor de la apariencia (Wollstonecraft, 1792/2002, p. 42).

Más de un siglo después, Simone de Beauvoir radicalizó esta crítica al señalar que “la mujer no nace, se hace” (Beauvoir, 1949/2005, p. 109), situando el género como una construcción social y epistemológica. Y en el siglo XXI, Rita Segato aporta un análisis contundente: el saber no es neutral, está atravesado por relaciones de poder y violencia simbólica que se reproducen en las instituciones educativas (Segato, 2003, p. 107).

La epistemología feminista, en este sentido, es una genealogía de resistencias que cuestiona el canon y abre grietas en el edificio aparentemente sólido del conocimiento moderno.

A. La construcción del conocimiento desde la experiencia situada

Hablar de la construcción del conocimiento desde la experiencia situada implica reconocer que la ciencia y el saber no se producen en un vacío neutral, sino en contextos sociales, históricos y políticos concretos. La epistemología feminista ha sido fundamental para desmontar la ilusión de una objetividad universal y mostrar que el conocimiento está siempre marcado por

relaciones de poder, género, clase, raza y corporalidad.

B. Conocimiento situado: parcialidad y contextualización

Donna Haraway, una de las autoras más influyentes en este debate, sostuvo que “los saberes situados son aquellos que reconocen la parcialidad de la mirada y la encarnación del sujeto que conoce” (citado en Blazquez Graf, 2010, p. 22). Este planteamiento rompe con la idea moderna de un sujeto científico “desapegado” y propone, en cambio, una ciencia consciente de sus límites, contextos y propósitos. El valor del conocimiento no radica en su universalidad abstracta, sino en su capacidad de explicitar desde dónde y para quién se produce.

C. La experiencia como fuente epistémica

La epistemología feminista recupera la experiencia vivida como punto de partida legítimo en la producción de saber. Como señalan Blazquez Graf, Flores y Ríos (2012), “el género, en interacción con otras categorías como clase, etnia o edad, se convierte en un organizador clave de la vida social y de los modos de conocer” (p. 21). De esta manera, los relatos, memorias y prácticas cotidianas de las mujeres dejan de ser invisibilizados y se revaloran como insumos epistemológicos.

D. Posicionalidad y ética del saber

Un aspecto central es la posicionalidad: reconocer que quien investiga no es un observador externo, sino parte de la trama que estudia. Según Maffía y Suárez Tomé (2021), “toda investigación feminista debe transparentar la posición desde la que se enuncia, porque esa conciencia permite un diálogo más honesto entre teoría y práctica” (p. 17). Así, el conocimiento

situado se convierte también en un ejercicio ético, que exige dar cuenta de los propios marcos de interpretación.

E. Interseccionalidad: complejidad de las experiencias

Kimberlé Crenshaw (1991) introdujo la noción de interseccionalidad, mostrando cómo las opresiones se entrecruzan. En sus palabras: “las mujeres negras a menudo se enfrentan a formas de discriminación que no son adecuadamente capturadas ni por el feminismo ni por el antirracismo” (p. 1244). Este enfoque obliga a entender que la experiencia situada no es homogénea: las mujeres viven el conocimiento desde posiciones múltiples, atravesadas por la clase, la etnia, la sexualidad y la edad.

F. El cuerpo como territorio de saber

Los feminismos latinoamericanos han aportado una dimensión clave: el cuerpo como espacio epistémico. Como afirma Lagarde (2005), “el cuerpo de las mujeres es el primer territorio de sujeción, pero también de resistencia y libertad” (p. 47). En esta línea, el conocimiento no se produce solo desde la mente abstracta, sino desde cuerpos que sienten, recuerdan y se rebelan. El cuerpo, en tanto experiencia situada, guarda memorias colectivas y posibilidades emancipadoras.

G. Conocimiento como práctica política

La construcción del conocimiento situado no es solo teórica, sino política. Como expresa Sandra Harding, “una epistemología feminista no se limita a describir cómo funciona la ciencia, sino que busca transformarla en un proyecto socialmente justo” (citado en Blazquez Graf et al., 2012, p. 39).

3. EDUCACIÓN Y GÉNERO: UN CAMPO DE TENSIONES

La educación ha sido históricamente un espacio de reproducción de desigualdades. Desde currículos que borran las aportaciones femeninas hasta estereotipos cotidianos, el androcentrismo se filtra en la vida escolar y universitaria (Maccise & Vázquez, 2009, p. 15). Sin embargo, también es un lugar de resistencia donde los feminismos han buscado transformar la forma de enseñar y de validar el conocimiento.

Las pedagogías feministas no pretenden solo enseñar sobre género, sino enseñar desde él, reconociendo el aula como un escenario político donde se disputan significados (Varela, 2019, p. 37). Incluir la perspectiva de género implica repensar preguntas, métodos y criterios de evaluación, no solo añadir un tema nuevo al programa.

A. El androcentrismo del conocimiento

El saber se ha construido tomando al varón como medida universal. La epistemología feminista ha mostrado cómo ciencia y tecnología reproducen jerarquías de género e invisibilizan las experiencias de las mujeres (Blazquez Graf, 2010, p. 23). Así, ellas han sido vistas como objetos de estudio y no como productoras legítimas de conocimiento.

B. La ilusión de la neutralidad en la educación

La educación se presenta como instrumento de igualdad, pero su neutralidad es solo aparente. El canon masculino domina los contenidos, mientras que las mujeres son relegadas a los márgenes (Blazquez Graf, 2010, p. 22).

C. Currículo oculto y reproducción de estereotipos

Además del saber formal, la escuela transmite un currículo oculto que refuerza roles de género. Se

espera que las niñas sean cooperativas y los niños competitivos (Maccise & Vázquez, 2009, p. 15). Esto influye en sus trayectorias profesionales, manteniendo a las mujeres en áreas de cuidado y lejos de las ciencias o la tecnología.

D. El aula como espacio político

El aula reproduce jerarquías de poder: quién habla, quién calla, quién representa el conocimiento. “Toda forma de transmisión de conocimiento es también una forma de transmisión de poder” (Segato, 2003, p. 131). Las pedagogías feministas buscan romper esa lógica mediante metodologías horizontales y participativas.

E. La tensión entre inclusión formal y desigualdad real

Aunque hoy las mujeres son mayoría en las universidades, persisten barreras simbólicas y estructurales (Maffía, 2021, p. 19). Continúan la segregación de campos, la escasa presencia en puestos directivos y las violencias de género en el ámbito académico.

F. Resistencias y transformaciones

Aun así, la educación sigue siendo un espacio de cambio. Incorporar la epistemología feminista significa cuestionar jerarquías del saber y crear narrativas más inclusivas. “El feminismo es impertinente porque cuestiona el orden establecido” (Varela, 2019, p. 42). Apostar por una educación feminista requiere valentía y compromiso político: enseñar para liberar, no solo para instruir.

4. CONOCIMIENTO SITUADO Y SABERES ENCARNADOS

La epistemología feminista cuestiona la idea de una ciencia neutral y universal. Frente al mito del sujeto científico abstracto, propone el conocimiento situado y los saberes encarnados, que reconocen que todo acto de conocer parte de posiciones sociales, históricas y corporales. Como

explica Donna Haraway, “no existen visiones inocentes; todo conocimiento está localizado y encarnado” (citado en Blazquez Graf, 2010, p. 22).

En investigación educativa, esta perspectiva impulsa metodologías sensibles a la subjetividad y a las intersecciones de género, clase y etnia (Martínez, 2006, p. 124; Flick, 2007, p. 31). Técnicas como entrevistas o narrativas dejan de ser simples procedimientos: se convierten en gestos políticos que desafían el monopolio de la ciencia tradicional (Núñez Moscoso, 2017, p. 634).

El saber encarnado reconoce que conocer también es un acto corporal y afectivo. El cuerpo, dice Lagarde (2005), es territorio de sujeción y de resistencia (p. 47). Así, las emociones y la experiencia se vuelven fuentes legítimas de conocimiento (Maffía, 2021, p. 18). Este enfoque exige reconocer la posicionalidad del sujeto que investiga: nadie habla desde la neutralidad, sino desde un lugar social y político. Crenshaw (1991) mostró con la interseccionalidad cómo las experiencias de mujeres negras revelan saberes que el feminismo blanco o el antirracismo masculino no podían explicar (p. 1244).

Reconocer saberes situados tiene efectos metodológicos (valorar testimonios y prácticas comunitarias), políticos (democratizar la producción del saber) y pedagógicos (convertir el aula en un espacio de diálogo y diversidad) (Bartra, 2012, p. 71). Aunque persisten resistencias desde el positivismo, Harding (2004) recuerda que los feminismos no solo amplían los temas de estudio, sino que mejoran la ciencia al cuestionar sus sesgos (citado en Blazquez Graf et al., 2012, p. 40).

5. HACIA UNA EDUCACIÓN EMANCIPADORA

La educación nunca ha sido neutra: transmite valores y reproduce jerarquías. Por eso, integrar

la epistemología feminista implica transformar los fundamentos del saber para construir una educación orientada a la justicia y la igualdad sustantiva. Como advierte Segato (2003), todo conocimiento participa en la reproducción o la subversión del poder (p. 131).

Una educación emancipadora reconoce a docentes y estudiantes como sujetos históricos capaces de cuestionar el orden establecido. Supone incorporar los saberes populares, valorar la diversidad y fomentar el pensamiento crítico como acto de justicia. No es una tarea sencilla: exige valentía para desafiar cánones, creatividad para reinventar métodos y compromiso político para convertir el aula en espacio de resistencia. Pero, como recuerda Varela (2019), “el feminismo es impertinente porque cuestiona el orden establecido” (p. 42). En esa impertinencia reside su poder transformador.

6. DESMONTAR EL MITO DE LA NEUTRALIDAD

La epistemología feminista parte de una denuncia clave: la ciencia y la educación no han sido neutras, sino construidas desde un sujeto que se presenta como universal, pero que en realidad es masculino, blanco y occidental. La ciencia tradicional, como advierte Blazquez Graf (2010), ha generado teorías que invisibilizan a las mujeres y reproducen jerarquías de género (p. 25). Esto implica que la escuela no solo enseña contenidos, sino una visión del mundo que legitima desigualdades. Reconocerlo es indispensable para transformar, y no solo reproducir, estereotipos.

El feminismo propone sustituir la idea de una objetividad abstracta por el conocimiento situado y los saberes encarnados. No existe una mirada “desde ninguna parte” (Haraway, 1988); toda perspectiva es parcial y debe asumirse críticamente. En el aula, esto significa que los saberes de niñas, mujeres, comunidades indígenas y disidencias sexuales no son

complementos, sino fuentes centrales de comprensión social. Como recuerda Maffía (2021), el cuerpo, las emociones y la experiencia cotidiana también generan conocimiento (p. 18). Incluirlos no es un gesto decorativo: es un acto emancipador.

Desde esta perspectiva, la educación es una práctica política. “Toda pedagogía reproduce o cuestiona las estructuras de dominación” (Segato, 2003, p. 131). Una educación feminista exige metodologías que problematizan la neutralidad androcéntrica y promueven la participación crítica de estudiantes como sujetos históricos.

Entre estas metodologías destacan la investigación-acción participativa, que democratiza la producción del saber (Delgado Ballesteros, 2012, p. 198); la etnografía feminista, que visibiliza experiencias excluidas (Castañeda, 2012, p. 219); y las pedagogías críticas feministas, que desmontan el currículo oculto y abren el aula al diálogo, la diversidad y la resistencia colectiva—lejos de la educación bancaria denunciada por Freire.

7. DIMENSIÓN EMANCIPADORA: DEL ACCESO A LA TRANSFORMACIÓN

Aunque las mujeres han logrado un mayor acceso a la educación, la epistemología feminista recuerda que la igualdad formal no basta. El objetivo no es solo que las mujeres estén en las aulas, sino que sus experiencias transformen contenidos, métodos y finalidades educativas. Como afirma Harding (2004), el feminismo no solo amplía objetos de estudio, sino que genera avances cognitivos al cuestionar los sesgos de la ciencia (citado en Blazquez Graf et al., 2012, p. 40).

La epistemología feminista replantea cómo se produce y valida el conocimiento, vinculando ciencia y poder. Frente al mito de la neutralidad,

evidencia que los estudios metodológicos han sido construidos desde una mirada masculina y excluyente. Blazquez Graf (2010) señala que la ciencia dominante ha negado a las mujeres autoridad epistémica (p. 25). Reconocer estos sesgos vuelve la metodología más crítica y responsable.

El aporte del conocimiento situado (Haraway, 1988) es central: toda investigación parte de una posición social y política. Reconocer la propia ubicación epistémica no debilita la ciencia, sino que la hace más honesta y menos universalizante. A ello se suma la noción de saberes encarnados, que incorpora cuerpo, afectos y experiencia como fuentes legítimas de conocimiento. Maffía (2021) recuerda que el feminismo revalorizó los afectos como parte del proceso cognitivo (p. 18). Esto amplía la investigación más allá de los datos cuantitativos “fríos” y legitima narrativas, testimonios y memorias corporales.

Desde aquí emergen metodologías más inclusivas y democráticas, como la investigación-acción participativa, la etnografía feminista y el análisis interseccional (Crenshaw, 1991, p. 1244). Todas ellas rompen con la idea de un investigador neutral y construyen conocimiento con, y no sobre, los sujetos. En síntesis, la epistemología feminista otorga rigor académico y sentido político: produce conocimiento capaz de cuestionar desigualdades y no solo describirlas.

8. MÉTODOS EN LA EPISTEMOLOGÍA FEMINISTA

La epistemología feminista no es un manual de técnicas, sino una postura crítica que transforma el uso de los métodos. Su objetivo no es crear un método exclusivo, sino revisar los existentes, visibilizar sus sesgos y abrirlos a perspectivas que den voz a las mujeres (Blazquez Graf, 2010, p. 25). Cualquier método —cuantitativo o cualitativo— puede ser feminista si reconoce la posicionalidad, las relaciones de poder y la experiencia situada.

a) Métodos cualitativos: recuperar voces y experiencias

Los métodos cualitativos han sido centrales porque permiten escuchar historias y subjetividades:

- Entrevistas en profundidad, para recuperar narrativas y emociones.
- Grupos focales, que revelan dinámicas de poder y reflexiones colectivas.
- Etnografía feminista, que no solo observa, sino cuestiona la mirada de la investigadora (Castañeda, 2012, p. 219).

b) Métodos participativos: democratizar el conocimiento

Los feminismos cuestionan la figura del investigador como autoridad única. Por ello, la IAP y otras metodologías colaborativas permiten co-producir conocimiento con comunidades. Delgado Ballesteros (2012) subraya que la IAP feminista combina investigación y transformación social (p. 198).

c) Métodos cuantitativos: re-interpretados críticamente

Los estudios cuantitativos siguen siendo útiles, siempre que eviten el universal masculino:

- Formular preguntas sin sesgos.
- Desagregar datos por sexo, género, clase, etnia, etc.
- Interpretar resultados considerando contextos sociales.

Pedrero (2012) afirma que los datos estadísticos pueden reforzar la evidencia sobre desigualdades de género (p. 239).

d) Interseccionalidad como eje metodológico

La epistemología feminista adopta la interseccionalidad como principio de análisis: ninguna opresión se explica por una sola categoría, sino por su cruce (Crenshaw, 1991, p. 1244). Esto evita análisis fragmentados y permite comprender experiencias complejas.

CONCLUSIONES

La epistemología feminista no es solo un marco teórico, sino una forma distinta de producir y enseñar conocimiento. Al reconocer la experiencia situada, los saberes encarnados y las voces históricamente excluidas, propone modelos educativos más justos y plurales. Su desafío principal es dejar de ser vista como un “complemento” y asumirse como un eje central del pensamiento crítico y de la transformación pedagógica.

Educación y género conforman un campo de tensiones: la escuela puede reproducir desigualdades o convertirse en espacio de cambio. Una pedagogía feminista no se limita a incluir mujeres en los contenidos, sino que transforma los modos de conocer, investigar y enseñar.

El conocimiento situado y los saberes encarnados muestran que todo saber tiene cuerpo, historia y posición social. Esta perspectiva no debilita la ciencia; la fortalece al volverla más reflexiva, plural y consciente de sus límites. El objetivo no es alcanzar una objetividad imposible, sino construir conocimientos comprometidos con la justicia social. La epistemología feminista impulsa una educación emancipadora porque: desmonta la falsa neutralidad científica y revela sesgos estructurales; incorpora métodos inclusivos basados en experiencia, diálogo e interseccionalidad; entiende el conocimiento como práctica política orientada al cambio social.

No existe un “método feminista único”, sino una forma crítica de usar los métodos: reconocer la posicionalidad, valorar la experiencia, democratizar la investigación y desarmar sesgos patriarcales.

En síntesis, la epistemología feminista convierte la educación en un acto de resistencia y esperanza: no solo describe el mundo, sino que ofrece herramientas para transformarlo colectivamente.

Referencias

1. Amorós, C., & de Miguel, A. (2005). Teoría feminista. De la Ilustración a la globalización. Minerva Ediciones.
2. Bartra, E. (2012). Acerca de la investigación y la metodología feminista. En N. Blazquez Graf, F. Flores Palacios & M. Ríos Everardo (Coords.), Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales (pp. 67-78). UNAM.
3. Beauvoir, S. de. (2005). El segundo sexo (Obra original publicada en 1949). Cátedra.
4. Blazquez Graf, N. (2010). Epistemología feminista: temas centrales. En N. Blazquez Graf, F. Flores Palacios & M. Ríos Everardo (Coords.), Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales (pp. 21-38). UNAM.
5. Flick, U. (2007). Introducción a la investigación cualitativa (2.ª ed.). Ediciones Morata.
6. Lagarde, M. (2005). Claves feministas para la negociación en el amor. Horas y Horas.
7. Maccise, M., & Vázquez, R. (2009). Género y educación. Aportes para la discusión jurídica. Suprema Corte de Justicia de la Nación / Fontamara.
8. Maffía, D. (2021). Epistemología feminista. Editorial de la Universidad de Buenos Aires.
9. Martínez, M. (2006). La investigación cualitativa: síntesis conceptual. Revista de Investigación en Psicología, 9(1), 123–146.
10. Núñez Moscoso, J. (2017). Los métodos mixtos en la investigación en educación: hacia un uso reflexivo. Cadernos de Pesquisa, 47(164), 632–649. <https://doi.org/10.1590/198053143763>
11. Segato, R. (2003). Las estructuras elementales de la violencia. Universidad Nacional de Quilmes.
12. Varela, N. (2019). Feminismo para principiantes (Ed. actualizada). Ediciones B.
13. Wollstonecraft, M. (2002). Vindicación de los derechos de la mujer (Obra original publicada en 1792). Cátedra.